

Oración de la mañana. Martes 28

Confiar cuando nuestras aguas están revueltas



SALMO 62

Sólo en Dios descansa mi alma,
porque de él viene mi salvación;
sólo él es mi roca y mi salvación,
mi alcázar: no vacilaré.

¿Hasta cuándo arremeteréis contra un hombre
todos juntos, para derribarlo
como a una pared que cede
o a una tapia ruinosa?

Sólo piensan en derribarme de mi altura,
y se complacen en la mentira:
con la boca bendicen,
con el corazón maldicen.

Descansa sólo en Dios, alma mía,
porque él es mi esperanza;
sólo él es mi roca y mi salvación,
mi alcázar: no vacilaré.

De Dios viene mi salvación y mi gloria,
él es mi roca firme,
Dios es mi refugio.

Pueblo suyo, confiad en él,
desahogad ante él vuestro corazón,
que Dios es nuestro refugio.

Los hombres no son más que un sopro,
los nobles son apariencia:
todos juntos en la balanza subirían
más leves que un sopro.

No confiéis en la opresión,
no pongáis ilusiones en el robo;
y aunque crezcan vuestras riquezas,
no les deis el corazón.

ORACIÓN: "Tú en mí"

En mi miedo, tu seguridad.
 En mi duda, tu aliento.
En mi egoísmo, tu amor.
 En mi rencor tu misericordia.
En mi 'yo' tu 'nosotros'.
 En mi rendición tu perseverancia.
En mi silencio, tu voz.
 En mi ansiedad, tu pobreza.
En mi tempestad tu calma.
 En mi abandono tu insistencia.
En mi dolor, tu alivio.
 En mi debilidad, tu fuerza.

Adora y confía

No te inquietes por las dificultades de la vida,
por sus altibajos, por sus decepciones,
por su futuro más o menos sombrío.
Desea aquello que Dios desea.

Ofrécele en medio de inquietudes y dificultades
el sacrificio de tu alma sencilla que,
pese a todo, acepta los designios de su providencia.

Poco importa que te consideres un frustrado,
si Dios te considera plenamente realizado; como le place.
Entrégate con confianza ciega
en este Dios que te quiere para Él.
Y que llegará hasta ti, aunque no le veas nunca.

Piensa que te encuentras en sus manos,
más fuertemente cogido,
cuanto más decaído y triste te encuentres.
Vive feliz. Te lo suplico. Vive en paz.

Que nada te turbe. Que nada sea capaz de quitarte tu paz.
Ni el cansancio psíquico. Ni tus fallos morales.

Haz que surja, y conserva siempre sobre tu rostro,
una dulce sonrisa, reflejo de aquello
que el Señor continuamente te señala.

Y en el fondo de tu alma coloca, antes que nada,
como fuente de energía y criterio de verdad,
todo aquello que te llene de la paz de Dios.

Recuerda: todo aquello que te reprima e inquiete es falso.
Te lo aseguro en nombre de las leyes de la vida
y de las promesas de Dios.

Por eso, cuando te sientas afligido, triste, adora y confía.

Lectura: Mt 14, 24-32

La barca se hallaba ya distante de la tierra, zarandeada por las olas, pues el viento era contrario. Vino Jesús hacia ellos, caminando sobre el mar. Los discípulos, viéndole caminar sobre el mar, se turbaron y decían: «Es un fantasma», y de miedo se pusieron a gritar. Pero al instante les habló Jesús diciendo: ¡Animo!, que soy yo; no temáis.» Pedro le respondió: «Señor, si eres tú, mándame ir donde ti sobre las aguas.» Jesús le dijo: «¡Ven!» Bajó Pedro de la barca y se puso a caminar sobre las aguas, yendo hacia Jesús. Pero, viendo la violencia del viento, le entró miedo y, como comenzara a hundirse, gritó: «¡Señor, sálvame!» Al punto Jesús, tendiendo la mano, le agarró y le dice: «Hombre de poca fe, ¿por qué dudaste?» Subieron a la barca y amainó el viento.»

CONFIAR CUANDO NUESTRAS AGUAS ESTÁN REVUELTAS (Mt. 14, 24-32)

Decimos que Dios cuida de nosotros siempre, que Él es fiel, que nuestra vida está en buenas manos. Lo creemos sinceramente, pero esa confianza, a veces, es puesta a prueba por las circunstancias de la vida. Y entonces conocemos realmente cuál es su consistencia verdadera. De esto nos habla este relato, de un hombre, Pedro, generoso y voluntarista, que quiere caminar hacia Jesús, que está dispuesto a caminar sobre las aguas, si hace falta. Pero también nos habla de un Pedro que duda, que se asusta, que tiene miedo, que grita. En realidad nos está diciendo que hay un tipo de confianza que tiene que ser literalmente agarrada por Jesús para que no se hunda. Una confianza que ya no puede brotar de las fuentes de nuestro voluntarismo o de nuestro optimismo o de nuestra generosidad. Sino que necesita beber de una fuente más profunda.

Y para ello el evangelio nos presenta este relato. Nos sitúa en un contexto casi extremo: “lejos de la orilla” de nuestras seguridades, de la vida que íbamos llevando más o menos apaciblemente hasta ahora; con la barquichuela de nuestra vida sacudida por las olas. Envuelta en todo tipo de amenazas, de fragilidades, de pérdidas. Situaciones mil en las que la violencia del viento en contra nos hace tambalear. Esa sensación desasosiego que unas veces nos activa y otras nos agarrota o nos paraliza.

Cada uno de nosotros sabemos dónde se siente sacudida, de hecho, su confianza. Cada uno sabemos del origen de nuestros vientos en contra y de la intensidad que tienen. Momentos en los que nuestra barca, nuestra salud, nuestras convicciones, nuestras seguridades, nuestro futuro se ven claramente alterados. Y entonces, en esa situación, muchas veces a los discípulos de Jesús y a nosotros se nos apaga la luz de la confianza. Se nos hace la noche por dentro y por fuera; y nos asalta el miedo. Tenemos miedo a hundirnos. Tenemos miedo a que se nos hundan las cosas más queridas por nosotros.

Y cuando se nos apaga la luz de la confianza y se nos encienden los pilotos del miedo, ese Jesús al que tanto hemos querido, por el que tan seducidos nos hemos sentido, empieza a aparecer ante nosotros casi como “un fantasma”, como un espejismo. No, no es que dudemos de Él, pero es que hemos perdido como la conexión directa con Él; hemos perdido su rusto, su cercanía, su abrazo. Son los “apagones de la fe”, los apagones de la confianza. Y cuando llegan nos desconciertan y nos asustan. A veces están provocados porque realmente la vida nos ha golpeado con fuerza y el viento ha sido muy en contra y muy violento. Otras veces somos tan poquita cosa que, a nada que se nos mueva algo en la vida, nos echamos a temblar, nos echamos a desconfiar. Nos ahogamos en un vaso de agua. Pero esto lo reconocemos más tarde, a “toro pasado”.

Sea como fuere, la buena noticia de este texto, la que nos trae Jesús, es que Dios sigue cuidando de nosotros aún en medio de nuestras tempestades. Que su fidelidad es más fuerte que el oleaje del mar o la violencia del viento. En medio de la tempestad, y no fuera de ella, es donde aquellos y nosotros escuchamos esas palabras tan impresionantes: *“Ánimo, soy yo, no tengas miedo”*. Palabras que se dirigen como dardos al corazón de nuestros miedos. Palabras de aliento que resuenan en nuestros oídos y que llegan a nuestra vida como el agua que por fin puede beber el sediento. Palabras que nos reconstruyen por dentro, que nos sacan de nuestros ahogos, que nos templan nuestros miedos y que sostienen nuestra frágil confianza.

Palabras que no siempre amainan nuestras tempestades interiores pero sí a los demonios que éstas nos desatan por dentro. Existe una fuente de confianza extraña, que ha sido vapuleada por la realidad y por el realismo, una confianza probada que entonces sólo sale a flote cuando se sostiene en la promesa del Señor: *“Ánimo soy yo, no tengas miedo, no te voy a dejar nunca. Ni siquiera en la vorágine de las tempestades. Puede que entonces no lo reconozcas, ni me reconozcas a mí, pero desde ya te digo que Dios Padre/Madre quiere y puede sostenerte en todo trance”*.

Podría haber acabado ahí este relato. Pero el hecho de que Pedro se arme de valor y quiera él mismo caminar hacia Jesús sobre las aguas viene a subrayar lo que estamos diciendo. Pedro es capaz de dar unos pasos hacia Jesús sobre las aguas. Acaso confiando más en su arrojo que en la mirada de Jesús que lo sostiene y que dijo: *“ven”*. Pero en cuanto Pedro deja de mirar a Jesús y se pone a mirarse a sí mismo, entonces es cuando de nuevo comienza a hundirse. Y es que la confianza de un creyente es de una fragilidad pasmosa. Porque se apoya en unas palabras: *“Ánimo, soy yo, no tengas miedo”* y en una mirada que sostiene. Y ésa es precisamente la tremenda fragilidad, belleza y grandeza de nuestra confianza. Esa es su fuente. Una fuente que brota de la otra Orilla, de la orilla de Dios y sus promesas. De Dios y de la palabra dada por Él a cada uno de nosotros de que Él va a cuidarnos siempre, ocurra lo que ocurra, aún en las peores tempestades.

Por eso, cuando amaina un poco la tempestad, cuando comienza a clarear un poco el día, cuando los miedos nos dejan un respiro, entonces el corazón de un creyente reconoce que ha vuelto a dudar y le vienen a su corazón las palabras de Jesús: *“Hombres y mujeres de poca confianza, ¿Por qué habéis dudado?”*. Y a ese mismo creyente no le sale otra respuesta que, un tanto avergonzado, volver a hacerse pequeño delante de Dios, reconocer nuestra poquita fe y acudir humildemente, de nuevo, a las aguas de la fuente de la confianza. Que afortunadamente no dejan nunca de correr. Y confesar con el salmo 123: *“Si el Señor no hubiera estado de nuestra parte nos habrían tragado las aguas”*. Y volver de nuevo a la roca de nuestra confianza: *“Pase lo que pase, que me pase Contigo, Señor. Que me siga pasando Contigo”*.